

EL TURISMO, UNA BROMA DE SIGLOS

Juan Bassegoda Nonell



Como muchas técnicas o costumbres, el turismo es un fenómeno que si bien ha alcanzado su gran momento en nuestros días, no conviene olvidar que no es un invento de nuestra época y que, de antiguo, se practicaban ya los mismos ritos turísticos que ahora.

Viajar y moverse son dos cualidades comunes a la mayoría de los hombres y dimanaban de un cierto estado de ánimo de las personas que sienten el impulso de trotar por la superficie del globo en busca de algo.

¿Qué es lo que buscan los turistas? Un análisis profundo de esta pregunta augura toda una enciclopedia, pero sin necesidad de tanto se pueden señalar tres factores que comprenden las causas fundamentales de este afán de viaje. La curiosidad, el descanso y la vanidad.

Saber lo que hay más allá de los muros de la casa es algo tan fundamental para el

hombre como su comida. Fisgar, espiar, ver, enterarse de la vida de los demás es un morbo que habita en lo más íntimo del ser humano. Esto explica las cuantiosas tiradas de las revistas llamadas de sociedad que no son otra cosa que miradas indiscretas por el ojo de la cerradura periodística a la intimidad de unos cuantos hogares considerados de alto interés por una mayoría de ávidos lectores de cotilleos.

Si todo esto que cuentan tales revistas puede ser visto al natural en lugar del sucedáneo de hueco grabado, miel sobre hojuelas, entonces nace el turismo de la curiosidad. Oficialmente este turismo es un placer aunque, y esto es curioso, Epicuro, el gran filósofo del placer, nunca se movió de su jardín, excepto cuando fue desterrado. Pero no se haga caso de un aislado filósofo cuando la democrática mayoría se inclina por el movimiento y el viaje.

Esta curiosidad viene muchas veces estimulada por el afán de aventura. Lo desconocido, lo peligroso, lo incierto atraen a muchos espíritus hacia el viaje. Este afán de aventura que indujo a españoles y portugueses a redondear la geografía del globo, se ha reducido mucho. En todo caso queda la aventura de vía estrecha o «flirt» que buscan alocadamente serias damas y conspicuos caballeros cuando abandonan su país y se sumergen en el paraíso turístico, donde no son conocidos y donde no han llevado consigo el sentido del ridículo que guardan en sus casas, lo que les permite vestir, actuar y beber como dementes.

El turismo del descanso es de muy diverso aspecto, menos aparatoso y más discreto. Estos veraneos de balneario de costumbres casi conventuales y de regulares hábitos o estas huidas a apartados y discretos lugares para olvidarse de todo y no pensar, están muy lejos del turismo ruidoso y frenético de las playas y costas. Hoy el turismo de descanso no es el más frecuente, pero en el siglo pasado adquirió notable auge y ha dejado honda huella en la literatura de la época.

Por último el turismo de la vanidad. Quizá el más importante y sólido de todos ellos. Si la vanidad y el papanatismo significan el motor máximo de todo acto humano, lógico es que el turismo se surta de ello en abundancia.

Dice Huxley que mucha gente viaja impulsada por la misma razón que le mueve a coleccionar obras de arte: por ver que lo hace la gente bien. El haber estado en ciertos puntos de la geografía terrestre es socialmente correcto y por haber estado en ellos uno es superior a quien no lo ha logrado.

El afán de despertar la envidia de los demás, lanza a familias enteras a largos cruces a lugares que les importan un rábano.

La propaganda turística ha creado una serie de mitos que la gente adora a pesar de que la realidad muchas veces debería desengañarles.

El lema de París, capital del vicio, de la corrupción y del pecado, hábilmente explotado por los comités de atracción de forasteros, llena, noche tras noche, los cabarets de Montmartre de gentes que esconden con disimulo sus bostezos ante el espectáculo repetido hasta la saciedad de una señorita que prescinde de la inmensa mayoría de sus prendas de vestir.

Una corrida de toros para alguien que no tenga unas previas nociones, no muy fáciles de adquirir, por cierto, de tauromaquia es un espectáculo aburrido y sanguinolento.

La vanidad, sin embargo, disimula este

aburrimiento y cuando se regresa a casa se habla de París como de una nueva Babilonia y de las corridas de toros como si se hubiese penetrado en el difícil y seductor meollo de la fiesta.

Aun cuando en Capri no hayan podido hallar más desviaciones sexuales que en cualquier ciudad de Europa o América, no por eso se dejará de ensalzar la isla como la Sodoma del siglo XX.

A veces el reclamo de la vanidad es mucho más elemental, por ejemplo el bronceado, turistas que recorren tres o cuatro mil kilómetros para llegar a una playa española y pasarse los 15 días de vacaciones metidos en un hoyo de la arena, cociéndose en su propia salsa, despellejándose y asándose como San Lorenzo, con la sola finalidad de lucir en su brumoso país una espalda de color chocolate.

En medio de este marasmo de vanidad, curiosidad y mitología de vía estrecha, se mueven, sin embargo, muchos viajeros conscientes que abren sus ojos para asimilar lo que les rodea y comprender las gentes y el lugar que visitan.

A lo largo de la historia estos fenómenos se han venido produciendo y se hallan precedentes del actual turismo en todas las épocas históricas.

El hombre, desde que aparece sobre la tierra, se ve obligado a viajar. Desde los lejanos sinántropos de Pekín, pasando por los recios y feos Neandertales, hasta los hombres del neolítico, todos ellos han debido viajar en busca de la caza, la pesca o los alimentos vegetales que no cultivaban. Evidentemente estos viajes, de turismo nada tenían, excepto la constante movilidad de aquellas gentes de necesidades primarias que con tanta sal ha dibujado Mingote.

Avanzando por la historia de los imperios agrarios del fértil creciente, se halla una nueva forma de turismo en la corte de los monarcas asirios, especialmente de Asurbanipal, las cacerías de fieras organizadas con todo lujo de detalles, leones previamente enjaulados, ojeadores, batidores, carros reales y su escolta y finalmente el rey cazando, teniendo siempre las de ganar por que le ponían los leones como a don Fernando las bolas del billar.

Nos hallamos en presencia de un interesante precedente del moderno «safari», que lleva al África ecuatorial a cazadores hartos de matar al montaraz conejo o a la pintada perdiz y que prefieren una caza mayor aun cuando el kilo de pieza cobrada haya que pagarlo a precio de oro.

Turistas notables de la antigüedad fueron los navegantes mediterráneos, fenicios, cretenses y cartagineses, aunque su objetivo era o el comercio o la guerra, formas que están reñidas con el turista actual que sale de su casa a gastar y no a ganar y siempre en tiempo de paz.

Un relato bíblico nos ilustra de un ejemplo turístico de gran interés. La visita de la reina de Saba al rey Salomón. Un cortejo realmente fastuoso, tal como a veces nos pintan las propagandas de las compañías de navegación aérea, acompañó a la reina a través de Arabia y del Mar Rojo hasta Jerusalén, donde colmó de regalos al monarca. Un buen ejemplo del turismo caro en la antigüedad.

Luego, viene, con el mundo griego el afán por la ciencia y por la lógica, que convierte los viajes en verdaderas exploraciones científicas.

Kolaos de Samos es el primero de los científicos griegos conocidos como navegantes. Al decir de Herodoto, navegando de las Cícladas a Egipto fue empujado por un temporal hasta la península ibérica donde tuvo ocasión de ver la maravillosa ciudad de Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir. Esto sucedía en el siglo VII a.J.C.

Más adelante en época helenística Eudoxo de Cyzia realiza por encargo de un monarca tolemeico un arriesgado viaje por las costas de África ecuatorial.

Otro griego, Piteas de Marsella, recorrió las costas del Atlántico hasta alcanzar Escandinavia en el siglo IV a.J.C.

El más descomunal viaje realizado por un griego fue, naturalmente, el de Alejandro Magno, creador de imperios, fundador de ciudades, hombre enérgico, era también amigo de las diversiones, como lo explica su muerte a seguido de una descomunal juerga.

Con la aparición de los romanos como pueblo centralizador se forma el primer turismo organizado al estilo del que hoy conocemos.

La extensa red de comunicaciones que poseía el imperio romano permitía el desplazamiento, no sólo de legiones armadas y de correos, sino también de vehículos para viajes de placer.

Existían compañías turísticas que organizaban viajes en carros de diversas categorías y precios, con un servicio de postas perfectamente preparado.

Había fondas para alojar a los turistas e incluso el que así lo prefiriera podía pernoctar en carros especiales, precedente del coche-cama o mejor aún de la moderna «roulotte».

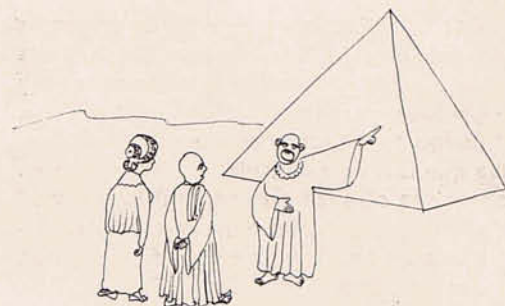
Hay testimonios de la gran frecuencia con que se efectuaban estos viajes. Se conservan relaciones de ellos hechas por los propios turistas que a veces se quejan de los abusos cometidos por algunos guías. Era de buen tono visitar Atenas y Troya, donde pronto se desarrolló la industria de la explotación de forasteros. En Troya llevaban al turista a ver la lira de París. En Egipto, en Tebas se encuentra gran número de inscripciones romanas en los muros de las tumbas, así como en el templo de Filae en el Nilo, en los colosos de Memnón y en la primera catarata, lo que demuestra que estos monumentos eran muy visitados por gentes cultas y también, por los grafismos, por gamberros que vestían toga en lugar de «blouson noir».

Otro aspecto del turismo romano lo tenemos en las villas de descanso, especialmente en Campania.

El golfo de Nápoles atraía a los emperadores, Tiberio estableció su residencia en Capri y Calígula en Ischia, y en toda la costa, entre Cumas y Sorrento, se levantaron las villas de los cortesanos y aun de los advenedizos que creían ganar importancia al rozarse con la nobleza.

De las grandes villas que los romanos levantaron quizá la más majestuosa, después de la Domus Aurea neroniana en Roma, sea la de Spoleto en la costa de Dalmacia.

Allí Tiberio organizó tal suerte de edificio que gran parte del mismo se conserva, aún, embebido entre las construcciones posteriores, y donde se hallaba el mausoleo del emperador que luego se convirtió en Catedral.



Turistas romanos contemplando las pirámides de Gizeh



Los bárbaros, turistas a lo bestia



Un señor del renacimiento muestra a su familia las obras de la villa del Po



La obsesión de las fuentes del Nilo

Por su delicadeza y espíritu de elegancia merece mencionarse la villa Adriana de Tívoli, punto culminante del refinamiento y lugar ideal para la diversión y el descanso.

Luego de los romanos vendrán unas gentes que fueron muy dadas a viajar y que en sucesivas oleadas que partían del corazón de Asia, pondrían fin a un imperio y someterían a Europa a unos siglos de confusión y desconcierto.

La reacción de Europa que se inicia con los reinos merovingios, para tener un espectacular momento en el imperio de Carlomagno, halla su estabilidad en la época románica, cuando las nacionalidades se originan y el monaquismo crea una clase intelectual y artística en toda Europa.

A propósito de monaquismo es interesante mencionar el aspecto viajero de San Patricio evangelizador de Irlanda. Procedente de Egipto, donde radicaba en un monasterio copto, llevó consigo el ardor y la fuerza del eremitismo y monaquismo de Egipto y en las húmedas tierras de Irlanda creó una iglesia y una escuela artística que se extendió por Europa hasta llegar a la propia Italia con la fundación del monasterio lombardo de Bobbio.

La Edad Media marca la continuación de las expediciones o viajes en busca de lo desconocido. Son viajes en los que se confunde la aventura con la curiosidad, el comercio con la política, formando curiosas amalgamas.

El más conocido de los viajes de la Edad Media es el del veneciano Marco Polo, aun cuando fue precedido por el de Juan Pian del Carpino, enviado por Inocencio IV a la corte de Gengis Kahn. Marco Polo fue quien realmente trazó la ruta de occidente a China a través de la meseta del Pamir y dejó un cumplido relato de su viaje. Hombre inteligente, apacible y bondadoso, es para nosotros un ejemplo del mejor turismo medieval. Tiziano Vecelio idealizó su rostro en un hermoso retrato que se conserva en la romana Galería Doria.

Menos conocido pero realmente muy interesante es el viaje del rabino español Benjamín de Tudela que durante 13 años (entre 1160 y 1173) recorrió el espacio entre España y Persia en busca de comunidades hebreas. Es por tanto un siglo anterior a Marco Polo y a él se debe nada menos que el descubrimiento de la antigua Nínive que identificó en unas colinas cercanas a Mosul, basándose solamente en leyendas locales y datos toponímicos, puesto que no realizó ninguna excavación.

Su interesante relato, por desgracia, no fue publicado hasta el siglo XVI, cuando sus descubrimientos habían perdido actualidad.

A medida que avanza la Edad Media se hacen más frecuentes los viajes de estudio geográfico en busca de las Indias Orientales que Marco Polo había visitado.

En este sentido no pueden considerarse turísticos los viajes de los portugueses tratando de rodear África por mar, ni la misma expedición colombina, descubridora del nuevo continente.

El único aspecto turístico del viaje de Colón, pudiera ser el sistema de información previa del lugar a que se dirigía y que le proporcionó el misterioso Sánchez de Huelva, que sería, de confirmarse los hechos, un auténtico agente de viajes.

Con el Renacimiento se inician los nuevos tipos de turismo. El de los descubridores

y conquistadores, verdaderos campeones andarines, gentes capaces de cruzar un continente desconocido sin más ayuda que sus piernas. La lectura de las hazañas de Pizarro, Valdivia o Cabeza de Vaca impresiona y emociona aunque esté muy lejos de los relatos turísticos.

Mientras navegantes y conquistadores se dejaban la piel en el nuevo continente, en Europa se estilaba un género de turismo mucho más amable. En Italia, por ejemplo, familias de comerciantes y banqueros fuertemente enriquecidas, se van ennobleciendo recabando para sí lo más cómodo y lo más bello. Los Scalígero de Verona, los Sforza de Milán, los Este de Ferrara y los Medici de Florencia se construyen agradables villas campestres, ejemplo de un estilo de turismo que ha perdurado hasta nuestros días. Muestra de ello son las innumerables villas de tierras del Po, obra de Andrea Palladio.

En Francia, Francisco I, el rey guerrero y cazador, ordena la construcción de amables quintas o refugios de caza a lo largo del río Loira, y a imitación del rey los nobles sembrarán el lugar de castillos que no son fortalezas sino lugares de placer.

Más adelante en el último manierismo el Papa Pío VI encarga a Pirro Ligorio el delicioso Casino o casita de recreo, auténtica joya de la arquitectura de la época. Otra creación turística de Ligorio es el fastuoso palacio del Cardenal Hipólito d'Este en Tívoli con sus maravillosos jardines y juegos de agua.

El turismo marítimo proseguirá en los siglos XVI y XVII con las conquistas de ingleses, franceses y holandeses que con barcos de mayor tonelada que las diminutas carabelas españolas cimentarán nuevos imperios.

A principios del siglo XVIII la ciencia y la razón, convierten los viajes marinos, hasta el momento obra de piratas y corsarios (Drake o Dampier) en expediciones científicas de alto valor como pueden ser la de Cook, La Perouse o Bougainville.

Al iniciarse el siglo XIX seguirán las expediciones marinas, pero nacerá también un nuevo estilo arquitectónico adecuado al turismo en las formas urbanísticas de John Wood Jr., autor de los «crescents» y «circus» de las ciudades de reposo y de la que es buen ejemplo la ciudad termal de Bath. Contemporáneamente John Nash construye el pabellón real de Brighton, el mejor ejemplo quizá de arquitectura turística de la época.

Prosiguieron los viajes de investigación y entre otros muy notables cabe destacar el de Domingo Badía y Leblich, catalán a las órdenes de Godoy, favorito de Carlos IV, y después de José Bonaparte.

Badía tomó el nombre de Alí Bey el Abassí y en seis viajes recorrió el norte de África, el Oriente Medio y gran parte de Europa.

Dejó tres interesantes libros de relatos y fue el primer europeo que penetró en el recinto de la Kaaba de la ciudad Santa de la Meca.

He aquí la descripción que hace de la piedra santa:

«Se cree que esta piedra es un jacinto transparente bajado del cielo por el arcángel Gabriel y entregado al profeta Abrahán como prenda de divinidad; y que habiendo sido tocado por una mujer impura se volvió negro y perdió su brillo.»

«Mineralógicamente hablando es un pedazo de basalto volcánico, sembrado en su perímetro de pequeños cristales puntiagudos, de feldespato rojo, sobre fondo negro muy oscuro.»

Con estos exploradores y científicos se llega a mediados del siglo XIX al descubrimiento total del centro del África y de las fuentes del Nilo con personajes de la talla de Livingstone, Stanley y Speke.

En este momento empieza el turismo organizado moderno por obra del inglés Thomas Cook, nacido en 1808. Este curioso personaje fue impresor, jardinero y ebanista y se unió al movimiento abstencionista o de la templanza. A esta idea debió el inicio de su carrera turística. Habiéndose organizado una reunión de abstencionistas, Cook tomó a su cargo preparar dos trenes especiales entre Leicester y Longiborough. Fue tal su éxito que inmediatamente se le pidió la organización de trenes especiales para viajes de placer. Sucedió esto en 1841.

Fundó una central en Londres y pronto se extendió a Liverpool a Escocia e Irlanda.

En 1855 estableció el tren de recreo Londres-París por 1 libra y 10 chelines y en seguida montó cruceros a Egipto, Siria y el Imperio Otomano.

En 1871 organizó el primer viaje de turismo alrededor del mundo.

Tal era su organización que en la sublevación de Arabi Bajá en 1882 el gobierno inglés le encargó del transporte desde la metrópoli al Sudán de la columna Wolseley. En 1884 transportó así mismo al Sudán la columna Gordon compuesta de 18.000 hombres.

En 1889 obtuvo la exclusiva de la navegación turística por el Nilo y adquirió el funicular del Vesubio. Murió en 1892.

Cook representa la consagración del turismo moderno. Casi puede decirse que muchos de los mitos turísticos que aún hoy prevalecen se deben a él. Los barcos fletados por Cook hacían su única escala en la Península Ibérica en Gibraltar y de aquí la idea que han tenido durante muchos años los ingleses de la España de pandereta y flamenco. Si el puerto elegido hubiese sido Barcelona, los ingleses hubiesen creído que todos los españoles bailan sardanas y comen pan con tomate.

Aquí debe ponerse punto final a este artículo en el momento en que se inicia la historia del turismo moderno y se pone punto final a su arqueología.

Las modernas mareas turísticas que cruzan y recruzan las fronteras no son más que el compendio y suma de los primeros turistas, navegantes, descubridores o científicos. Bueno sería que los turistas de ahora no olviden esto y en cada viaje intenten descubrir algo más que un buen hotel o un restaurante típico.